

El asesinato de Hossein; hijo de Alí, cuya muerte fué celebrada como la de un mártir y recordada de generacion en generacion por los partidarios de Alí, sirvió de data y de sancion al gran cisma que tiene á estas horas divididos á los persas y á los turcos acerca de la legitimidad del kalifato. Los Schutes, partidarios de Alí, á quien consideran como el heredero legitimo del profeta, reivindicaron los derechos al pontificado y al imperio en favor de los descendientes del profeta durante mucho tiempo : pero la victoria debia favorecer á los sonnitas ó tradicionistas, que reconocian la autoridad de los tres primeros sucesores de Mahoma y la de los Ommiadas.

Los kalifas de este último partido, dueños á veces combatidos, y otras aceptados por todo el imperio, escogieron para su capital á la opulenta y voluptuosa ciudad de Damasco, en donde el lujo y las delicias de la Siria corrompieron pronto la santidad y el ascetismo de los hijos de la Arabia. Pero la palabra del profeta y sus armas continuaban conquistando el Oriente y el Occidente; la Africa septentrional, la España y las Galias eran invadidas, y solo la batalla de Tours, ganada por Carlos Martel, salvó en el año 732 de Jesucristo á la cristiandad del yugo del islamismo.

XVII

En Asia, el nombre de los turcos aparecia de una manera imponente en los anales musulmanes. Un teniente del kalifa, llamado Kotaibah, gobernador del Khorassan, provincia que habia sido persa, confinante al Norte con el Turkestan, atravesó el Oxus á la cabeza de un numeroso ejército, cerca de cien años despues de la hegira ó huida de Mahoma á Medina, y se acercó á Samarcanda. La ciudad, llena de millares de defensores, le cerró las puertas. « Los oráculos, pregonaron los heraldos de Samarcanda, burlándose de la impotencia de los árabes, han anunciado que Samarcanda no será tomada hasta que un conductor de camellos pueda entrar en ella como vencedor. » Refirieron esta provocacion á Kotaibah. « Pues bien, dijo, demos gracias á Alá, que me ha designado para conquistar esta capital, porque en mi juventud se decia que no seria yo nunca mas que un camellero. » Estas palabras dieron ánimo á sus soldados, y difundidas entre los turcos, destruyeron con una supersticion otra supersticion. Samarcanda se sometió y pagó el

tributo anual de un millon de monedas de oro y tres mil esclavos.

Kotaibah, clemente con los pueblos, implacable con la idolatría, propagó el islamismo en el Turkestan. Los habitantes de aquel país, acostumbrados á reconocer la ley de Dios en la victoria, sintieron muy pronto hácia el culto del Dios único el fanatismo que habian alimentado en su pecho por espacio de tanto tiempo respecto de sus ídolos. Sin patria fija en aquellas estepas por las que conducian á la aventura sus rebaños, escogieron el paraiso de los musulmanes por verdadera patria, y se convirtieron en apóstoles salvajes, pero invencibles de su nueva fé.

XVIII

Mientras que Kotaibah subyugaba la Transoxiana, otro teniente de los Omniadas se apoderaba del valle del Indus. Pero allí debian hallar término las conquistas de los árabes; el kalifa Soliman, sucesor de Walid, envidiando la gloria de los generales elegidos por su hermano, les quita el mando, y condena sus

tropas victoriosas á la inaccion. Al tumulto de la guerra extranjera sucede el fuego de la rebelion; los Alidas toman de nuevo las armas contra los Omniadas, y en medio de aquellas luchas funestas, usurpan la autoridad soberana los descendientes de Abbas, tio de Mahoma.

El reinado de Yezid II, noveno kalifa omniada, demuestra hasta qué grado de debilidad habian descendido estos príncipes, tan valientes en otro tiempo.

Yezid daba la preferencia entre todas sus mujeres á dos jóvenes sirias, la una nombrada Selamah, la otra Habbha. Un dia del otoño, en que descansaba con ellas de los cuidados del imperio (en uno de sus jardines á la márgen del Jordan, Yezid se entretuvo en tirar desde léjos á la boca abierta de sus favoritas, granos de uva de Palestina, mas gruesos y ovalados que los de la Europa. Habbha recibia riéndose los granos de uva en la boca, y el kalifa admiraba su gracia y su destreza. Por desdicha suya, uno de aquellos granos se atravesó en la garganta de la bella musulmana, y de tal suerte le cortó la respiracion, que murió ahogada casi súbitamente en los brazos del kalifa.

La desesperacion que le causó la pérdida de su ídolo llevó hasta la demencia el dolor del kalifa. Él mismo trasladó á su habitacion el cadáver de Hab-

bha, la acostó en las alfombras, y rehusando el que sus despojos fueran entregados á la tierra, se encerró con ellos, hasta que la descomposicion de los elementos que constituyen el cuerpo humano le arrancase una á una todas las bellezas de su favorita, sin poder arrancarle su amor. Hasta despues de haber trascurrido ocho dias con sus noches, empleados en aquella contemplacion apasionada y fúnebre, no pudieron sus cortesanos sacar el cadáver de su palacio y depositarlo en su sepulcro. El kalifa no pudo sobrevivir á Habbha y murió pidiendo que lo reunieran en la misma tumba con aquellos restos que, desde que ella habia desaparecido de la tierra, habian reducido todo lo demás á la nada á los ojos del kalifa.

Con la caida de los Omniadas de Damasco (750 de Jesucristo) comienza el desmembramiento del imperio de los árabes; miéntras que los Abbasidas fundan á Bagdad, fijan su residencia en esta ciudad, y dirigiendo su atencion al cultivo de las ciencias y de las letras, dan el mas vivo impulso á las escuelas árabes, que enlazan la escuela griega de Alejandría con la escuela moderna; se ve alzarse el kalifato de Córdoba en España, el del Cairo en Egipto, pereciendo de esta suerte la unidad musulmana. A los brillantes reinados de Arun-el-Raschid y de Almamun, el Au-

gusto de los árabes, suceden príncipes incapaces que forman su guardia particular con esclavos turcos; y esta guardia, renovando muy pronto los excesos de los pretorianos de Roma, dispone del trono rebelándose; así, cuando los turcos Seldjukidas, dueños de la Transoxiana y del Khorasan, se apoderaron en el siglo once de la Persia y el Asia Menor, encontraron hermanos en las filas enemigas. Mas tarde vendrán á sucederles los Mongoles y Gengis-Khan, y por último los turcos otomanos, cuyas conquistas vamos á referir.

No llevaremos mas allá la historia de los kalifas y de los reinados de aquellos guerreros, legisladores y pontífices que, dando cuerpo, armas, leyes, costumbres, artes y un pensamiento político á la idea de un pobre profeta del desierto, habian conquistado una gran parte de los tres continentes para la religion del Dios único, y combatido en todas partes contra la idolatría. Abandonamos la narracion en este punto que reúne la fé de Mahoma y la raza turca, para concentrar todo el interés en los nuevos conquistadores que aparecen á su vez en el teatro de los sucesos.

XIX

Los turcos eran en su origen una de aquellas tribus de pastores, procedentes del inmenso depósito de hombres que la naturaleza habia multiplicado al parecer en la meseta de la alta Tartaria, teniéndolos como en reserva para enviarlos en su hora marcada á la China, al Asia occidental, á Europa y aun al Africa. Este espacio, que se extiende casi inculto desde las fronteras de la China hasta el Thibet, desde el pié del Thibet hasta el mar Caspio, no produce desde el principio conocido del mundo mas que hombres y ganados. Este es el campo mas extenso de pastos que haya puesto el globo á disposicion de la raza humana para dar con abundancia suma la leche que cria al hombre, el buey que lo alimenta, el caballo que lo trasporta, el camello que lo acompaña llevando su familia y su tienda, el carnero que lo viste con su vellon. Ningun árbol sombra la tierra, ni cobija animales feroces. La yerba es su único vegetal. Nutrida en un suelo sin piedras y profundo, semejante al lecho fangoso y salado de algun océano

que ha perdido sus aguas en un cataclismo, humedecida con los manantiales de los alpes del Thibet, que son las cimas mas elevadas del Asia, conservada durante los largos inviernos bajo una alfombra de nieve favorable á la vegetacion, fecundada en la primavera por un sol despejado de nubes, mantenida por una temperatura fria que no la agosta jamás, la yerba ha encontrado allí su clima natural. Ella suple á los demás árboles, á los frutos y á las cosechas. Ella atrae á sí á los animales ruminantes, que han atraido á su vez al hombre. Allí pacen, engordan, dan su leche, aumentan su pelo, su lana ó sus pieles para su señor. Despues de su muerte dejan el cuero para sus usos domésticos. En tales comarcas, el hombre no necesita del cultivo para comer ni beber, no necesita viviendas fijas, ni campos cerrados y divididos para repartirse el suelo. El espacio inconmensurable que debe recorrer en seguimiento de sus ganados lo guia y arrastra en pos de ellos. Solo planta tiendas que levanta y lleva de estepa en estepa, á medida que se comen los rebaños la yerba de una zona; ó bien unce sus bueyes á los carros cubiertos de pieles, hogares ambulantes de su familia. Como los escitas cambia de cielo con las estaciones. La ociosidad de semejante vida, en que las ideas son tan poco estimuladas por las escasas necesidades fácilmente satisfechas, no

deja al hombre mas que un corto número de ocupaciones y de afectos compatibles con la civilizacion pastoril; el amor, la meditacion, la religion, algunas veces, aunque raras, la guerra, cuando el espacio es demasiado reducido para los enjambres que quieren salirse de la colmena humana, excesivamente repleta. La astronomía que contempla al cielo durante noches serenas, la poesía épica que canta, las tradiciones de la tribu son las únicas artes de estos pueblos. Sus costumbres son puras, porque tienen pocas leyes que infringir, siguiendo casi sin contrariarlas las honestas leyes de la naturaleza. La autoridad paternal, monarquía de la familia, es su única autoridad; su sumision voluntaria es un instinto mas bien que una sumision á una tiranía. El poder, cuya herencia está en la sangre y no en las convenciones sociales, se trasmite de generacion en generacion. Cuando la familia se extiende se convierte en tribu; el jefe de la tribu se convierte entónces en un poder político, scheik como en Arabia, khan como en Tartaria; una reunion de tribus forma una raza, una nacion; pero estos jefes de tribus, de razas, de naciones, aunque investidos con la autoridad paternal absoluta, resumida en ellos, no la ejercen nunca sino imitando las costumbres de la familia, es decir, en consjío con los principales jefes de tiendas

ó de tribus. No se convierten en dinastías y monarquías sino despues de grandes emigraciones armadas que ellos han conducido á la victoria, y despues de haberse establecido en las regiones conquistadas con sus armas. Entónces se modifican las costumbres; las tribus desaparecen, los pueblos comienzan, las monarquías se fundan, las dinastías se sancionan y se trasforman casi en divinidades políticas, sombras de Dios. Esos son los tártaros de la gran Tartaria, de donde salieron sucesivamente por diversos caminos y en diversos enjambres, las veinticuatro tribus turcas, tártaras de nacimiento, nómadas de costumbres, idólatras de religion, de vida pastoril, soldados de circunstancias y de corazon.

Dejemos los diferentes grupos de estos pastores guerreros dividirse y extenderse los unos por el Turkestan, al que dan su nombre, los otros hasta las orillas del mar Caspio y los valles de la Armenia.

Reduzcamos la narracion á aquellos turcos que, despues de haber adoptado el islamismo y atravesado la Siria, hácia el año 627 de la hegira, en el siglo décimo tercio de nuestra era, conquistaron paso á paso el Asia Menor y fundaron el Imperio Otomano.

XX

Hacia el año 1285 de la era cristiana, el sultan Seldjukida de Iconium cedió á *Ertogrul*, gefe de una tribu de turcos diseminados, un terreno inculto llamado *país de los pastos en las montañas negras*, ramificación del monte Taurus, entre el Mediterráneo y el mar Negro, no léjos de la ciudad de *Angora*. Esta concesion de patria fué hecha á Ertogrul y á sus cincuenta mil compañeros en recompensa del socorro que estos guerreros pastores habian ofrecido á los príncipes seldjukidas contra los tártaros ó mongoles. A este donativo añadió la soberanía de la ciudad de *Seraidjak*. Era todo el territorio de la antigua Frigia. Aun se ven hoy, en una colina cubierta de jardines y viñedos, en las cercanías de *Dorylea*, ciudad célebre en la historia de las cruzadas, el sepulcro de Ertogrul, ese pastor de los otomanos, que los llevó á la tierra de promision. No léjos de este sepulcro, se apercibe el pueblo de *Itburni* (hocico de perro), donde vivia la bella *Malkatun*, amante de Othman ú Osman, hijo de Ertogrul y padre de los *Osmanlis*,

otro nombre de los turcos. Mas allá, junto á *Ineni*, está el pueblecillo turco *Akbiit* ó *bigote blanco*, que tomó su nombre de un anciano turco, compañero de Othman.

Establecido Ertogrul en este oásis de pastores, en medio de las montañas de la Frigia, tuvo un sueño como el patriarca Jacob. Soñó que viajaba por tierra extranjera, y que le daba hospitalidad un ermitaño amado de Dios. Habia un libro sobre una tabla clavada en la pared del cuarto en que iba á dormir. « ¿Qué libro es ese? preguntó al solitario. — La palabra de Dios, ó el Coran, » respondió. Cuando el viejo se hubo retirado, Ertogrul cogió el libro y lo leyó en pié durante toda la noche sin cerrar los ojos. Al amanecer, se traspuso un poco y oyó durante aquel sueño ligero una voz celeste que le decia : « ¡ Puesto que has leído con tanto respeto mi palabra eterna, tus hijos y los hijos de tus hijos serán honrados por siempre en esta tierra! »

Ertogrul significa en turco *hombre de corazon recto*. Poco despues nació Othman, hijo primogénito de Ertogrul.

Quando tuvo edad para combatir y amar, Othman causó admiracion con su arrojo y su bondad, herencia de su padre. Un sabio scheik árabe, natural de Adana, ciudad del Taurus sirio, fué á habitar el lu-

garcillo de *Ithuruni*, inmediato á la residencia de Ertogrul, para enseñar las leyes del país á los turcos. Othman, que iba con frecuencia á visitar á este sabio, vió un día á su hija Malkatun, nombre que quiere decir el *tesoro de los ojos*. La belleza de Malkatun, célebre despues en todo el Oriente, deslumbró á Othman, y la pidió por esposa á su padre el scheik *Edebalí*. El scheik, temiendo que la familia de Othman superior á la suya, despreciaría á su hija, se la negó por no hacerla desgraciada. Otros príncipes comarcanos, atraídos por la fama de la belleza de la jóven, la pretendieron, sin obtener su mano. Othman combatió durante dos años por disputársela á sus rivales. Su constancia conmovia el corazón de Edebalí. La paciencia, segun los árabes, es el precio que Dios ha puesto á la felicidad.

Un día que Othman, mas triste, pero mas perseverante todavía, habia ido á pedir hospitalidad por una noche á su maestro, con la esperanza de ver á Malkatun, tuvo un sueño como Ertogrul. En este sueño, el globo de la luna, saliendo del seno de Edebalí, fué á colocarse en el suyo propio; luego comenzó un árbol á vegetar delante de él y cubrió en pocos instantes con sus ramas las tierras y los mares, hasta la extremidad del horizonte de los tres continentes, la Europa, el Asia, el Africa. Cuatro

enormes montañas, el Cáucaso, el Atlas, el Taurus, el Hemus, soportaban como cuatro pilares las ramas demasiado cargadas del árbol. De los flancos de estas montañas nacian cuatro rios: el Tigris, el Eufrates, el Nilo, el Danubio. Sus lechos, ensanchándose, regaban las verdes llanuras de pastos, las doradas cosechas, las espesas selvas, llevando los buques á los cuatro mares. Torres, ciudades fuertes, templos, cúpulas, alminares, obeliscos, pirámides coronadas con la media luna, se alzaban sobre los valles entre las rosas y los cipreses. Armoniosas invitaciones á la oracion, semejantes á las melodías de los *Bulbuls* celestes, se esparcian por la atmósfera de lo alto de estos monumentos. De repente, las ramas de los árboles y sus hojas brillaron como hierros de lanza y sables desnudos, y con el soplo del viento se volvieron hácia Constantinopla. Despues, esta capital, situada entre dos mares, resplandeció como el zafiro de un anillo entre dos esmeraldas. Aquel era el anillo nupcial del matrimonio de Othman con la capital del mundo. Iba á ponérselo en el dedo cuando se despertó.

XXI

El jóven guerrero refirió el sueño de la noche al padre de Malkatun. El viejo no pudo desconocer la imágen de su hija en la luna fantástica salida de su seno para perderse en el seno de Othman, y en el árbol de ramas universales la profecía de la grandeza de la estirpe de Othman. Concedióle pues á su hija en virtud de esta intervencion sobrenatural de Dios; y aunque Othman no profesase todavía por completo el islamismo, el amor perfeccionó su conversion. El matrimonio del turco con la bella siria fué celebrado, con el rito mahometano, por un dervis llamado Turud, amigo de Edebalí. Othman ofreció en recompensa á Turud una mezquita para Alá y una casa para él en un vallecillo á la márgen de un rio, cuando se realizara lo prometido en el sueño. Othman recordó su promesa, cuando se hizo poderoso, y la cumplió. La mezquita, la casa, el nombre y la descendencia de Turud subsisten á estas horas en las cercanías de Ermeni.

XXII

Pocos años despues de la union de los dos amantes, el sueño profético comenzó á verificarse con las primeras hostilidades entre los turcos y los griegos. Los pastos colindantes, disputados por los pastores que los disfrutaban alternativamente llevándose además los ganados en represalias, dieron ocasion á la primera lucha entre las dos razas. Las querellas de los pastores dieron origen á las prolongadas guerras de los conquistadores.

Antes de referir las hazañas de Othman y los nuevos progresos del islamismo debidos á la guerra contra el imperio bizantino, echemos una ojeada sobre la decadencia de este imperio.

Desde que Constantino cambió de capital, el imperio romano, demasiado pesado para ser sostenido por una sola mano, no tardó mucho tiempo en disolverse. Dividido en dos por los hijos de Teodosio, el imperio bizantino á quien daba nombre su capital Bizancio, habia conservado contra los bárbaros de Oriente alguna cosa de aquel terror supersticioso que sentia Roma por su parte contra los bárbaros